

ACASO ¿NO TENGO SINÓ ESTAS MARCAS CRUELES? (OBSERVACIONES PSICOANALÍTICAS SOBRE CORTES EN LA PIEL EN MUJERES ADOLESCENTES)

Graciela Cardó Soria

Abril 2008

“De lo que fui no tengo sino estas marcas crueles,
porque aquellos dolores confirman mi existencia.”
(Pablo Neruda)

Compartiremos con ustedes algunas reflexiones sobre un hecho, que denominaremos síntoma: los cortes en la superficie de la piel, llámense auto mutilaciones, auto agresiones, laceraciones o heridas que, cada vez un mayor porcentaje de personas realizan, en su mayor número adolescentes y por cierto, mujeres.

Escucharemos para ello algunas voces que nos hablarán de la problemática subyacente a su dolor, así como algunos aportes teóricos de autores contemporáneos, esperando, nos ayuden a plantear algunas hipótesis que expliquen esta tendencia no exclusiva, pero sí mayoritaria en mujeres adolescentes.

No intentamos proponer categorizaciones universales que nieguen lo individual de la historia libidinal de cada sujeto, y, por lo tanto, no presentaremos un modelo compacto e inamovible del psiquismo femenino y de su inter juego con la cultura.

El síntoma:

Los cortes hechos en la superficie de la piel, generalmente en los brazos, suelen observarse después de que estas jóvenes “son dejadas o rechazadas” por la pareja amorosa. Se conjugan los siguientes elementos: amor, abandono, emociones, ausencia de palabras y paso al acto en el encierro del propio cuerpo. Recordamos a Tubert, (2001) cuando expresaba que “todo síntoma es, en lo esencial, un precipitado de significaciones referidas a diferentes dimensiones de la vida humana, tal como lo formuló Freud en sus series complementarias” (pp.194).

En este trabajo exploraremos cómo se liga el deseo en la historia personal, y cómo conlleva a la construcción de la imagen del cuerpo. Nos preguntamos: ¿por qué ocurre más en mujeres que en varones? ¿por qué se ensañan con sus cuerpos? ¿por qué recién hoy se describe en la literatura psicoanalítica este síntoma?

Recordamos las enseñanzas del maestro Freud cuando nos contaba acerca de Dora, Elizabeth, Emmy o Catalina: los síntomas corporales fueron entendidos como un lenguaje por interpretar, cuyas reglas había que desentrañar y cuyo sentido era específico de cada quien que los portaba. El síntoma deviene en una construcción personal y única, una puesta en acto -ante la desaparición del pensamiento y de las palabras, un corto-circuito que despliega un mensaje o complejo cifrado y latente-, de contenidos internos y vivencias relacionales.

Viñetas:

Escuchemos a Mariela de 17 años, quien llorando suave y angustiadamente dice: “no sé qué me pasó, sentí mucha rabia; Juan me dejó lejos de mi casa, caminé sola por ese pampón, empecé a morderme, quería cortarme acá -en silencio me muestra sus antebrazos con costras húmedas- Silencio... ¿Recuerdas algo más? ...Me acordaba de mi mamá y de mi papá... y tenía rabia, pena, no sé... cuando llegué a mi casa me corté, me rallé con la cuchilla de un tajador, después me asusté y fui a que me curen en la posta; sólo quería cortarme, rallarme, no quería matarme....pero ¿por que? ¿no me quiero?....

Lucía de 16, mas bien calmadamente dice: “Cuando Rosa me cortó del Chat, cuando se desconectó, me dio tanta rabia que subí a mi cuarto y encontré una lata de gaseosa y con la tapa traté de cortarme acá en el brazo -especie de arañazos irregulares ya en costra-, quería que me duela, ¿se nota un poco, no? No sé, cuando me dolió, se me pasó la rabia y la pena, ¿estoy loca?....

Claudia de 15 años, avergonzada cuenta: “Me corté acá (antebrazos, se ven tres cicatrices no profundas) Fue hace unos tres meses, fue una tontería, Miguel terminó conmigo y ya no quise seguir en esa fiesta, cogí un cuchillo de la mesa y me hice esto... no se por qué, no me acuerdo, no me acuerdo de nada. Sólo me acuerdo de la cólera y que estaba confundida, era oscuro, no me acuerdo... quería llorar pero no podía, -llorando me dice- casi nunca lloro, qué raro que llore ahora...”

Adolescencia:

Florecimiento y pérdida, impulso y retracción, infancia y adultez, juego y trabajo, alegría y temor, exploración y duda, y como telón de fondo la siempre lucha entre Eros y Tánatos. El cuerpo habla, les dice: “tú puedes...o no...” Kristeva (1995) nos da una pista: esta autora entiende por adolescencia “menos una categoría de edad que una estructura psíquica abierta....la estructura adolescente se abre a lo reprimido”. Se da una reorganización psíquica, se busca una identidad, se flexibiliza el superyó, la genitalidad despierta. Señala que después del navegar edípico, el adolescente cuestiona sus identificaciones, así como su capacidad de habla y de simbolización. Las fronteras en estas estructuras

abiertas se cruzan cómodamente: las de las diferencias de sexo, las de la realidad y la fantasía, las del acto y las del discurso. “El adolescente llega a representar naturalmente esta estructura que sólo podemos denominar de “crisis” con respecto a una ley estable” (Kristeva, pp. 130), por ello lo cercano de la perversión o lo borderline, sin que podamos hablar propiamente de éstos.

Entre las muchas tareas del adolescente, está la vinculada a la conformación de la identidad sexual. En las mujeres se observa la asunción de la feminidad, que remite a una subjetividad a la que se accede en un recorrido que se inicia con la relación primaria con la madre, par similar en sexo y género. De ahí en adelante, la subjetividad femenina es atravesada por muchas separaciones vividas imaginariamente como abandonos y pérdidas que pueden cortar, desgarrar, partir o integrar. La tarea consistirá en reeditar el drama edípico, al que sumaremos las voces de Deméter y Perséfone, o la de Antígona, Electra y Atenea. Todas nos contarán acerca del desprendimiento o pérdida de los objetos de amor, y de hallazgos y reencuentros que abren posibilidades identificatorias, que nos permitirán hablar de la suma y no necesariamente de la sustracción de objetos libidinales. Nos encontramos pues, ante separaciones necesarias para obtener logros en el crecimiento y que, por ello no necesariamente dejan la huella del quebranto.

La pérdida del objeto de amor lleva a revivir una serie de vivencias primarias que remiten al cuerpo. Botbol (2007) mencionaba que los adolescentes que “actúan” nos “hablan” de ese modo de su gran dependencia hacia el otro, no son antiobjetales, pero poseen una objetabilidad inestable y viven constantemente con la amenaza de ser abandonados. Su tarea diríamos, es la de nutrirse de los otros y a la vez diferenciarse de ellos para seguir vivos. El sostener la necesidad de dependencia secreta de sus objetos infantiles puede devenir en una pesadilla oscura y solitaria. Para sentirse existir deben sentir en el cuerpo: éste hablará y actuará.

El cuerpo:

Los síntomas de Mariela, Lucía, Claudia o Catalina y Elizabeth, nos remiten al cuerpo, sede de inscripciones de vivencias iniciales y fundantes. Annie Anzieu (1993) nos recordaba –refiriéndose a la histeria- aquella susceptibilidad para pasar al acto de manera desordenada, con acciones y síntomas, que no llegan al suicidio, en los que el cuerpo deviene objeto de conciencia primeramente por el dolor. Confusión de objetos: las pulsiones destructivas se dirigen hacia la propia persona. Los conflictos intrapsíquicos –como diría Green (2001)- se dirigen “al límite del campo psíquico que tiene por fronteras el soma hacia lo interior, y el acto hacia lo exterior... fuente y meta... son responsables de la somatización y del pasaje al acto” (pp.55).

Encontramos que en estos cortes, se hace lo que no se puede pensar y decir; correlativa a la pérdida del discurso hallamos el regreso al cuerpo, un cuerpo que se busca fragmentar y con el cual las pacientes hablan un lenguaje sin palabras al ser escenario del dolor. Cuerpo que se hiere y que nos remonta a algunas heridas narcisistas como la renuncia a la bisexualidad y a la inmortalidad (Tubert, 2001).

Recordamos ahora las enseñanzas de Didier Anzieu acerca del concepto del Yo-piel. Una particularidad de este Yo-piel es el ser una “interfaz” en la que la madre está en un extremo y el niño/a en otro, envueltos en una relación garante de apego. La evolución llevará a la desaparición de “esta piel común y al reconocimiento de que cada uno tiene su propia piel y su propio Yo, lo que no se efectúa sin resistencia ni dolor” (Anzieu, 1987; pp. 73). A este momento pertenecerían las fantasías de una piel magullada, robada o mortífera. Si el desarrollo es saludable, deviene en interfaz convertida en envoltura intrapsíquica de los contenidos mentales.

La función de la piel descrita por Anzieu (1987), la de interfaz, en tanto barrera de protección de agresiones externas está menguada en esta sintomatología. Lo mismo ocurriría con la función de la piel como lugar y medio primario de comunicación y de “establecimiento de relaciones significantes, -que es además una superficie de inscripción de las huellas que estos dejan” (pp.51). La función de individuación del sí mismo como contenedor que configura a la piel como la corteza y a lo pulsional como núcleo, se invierte y se confunde.

Ha sido descrita también la función “de autodestrucción, función negativa del yo-piel, una antifunción de algún modo al servicio de Tánatos” (Houzel, 1990; pp. 66). El Yo-piel autodestructivo se manifestaría por ataques de odio inconsciente contra la envoltura psíquica continente a la que intentaría lastimar a la manera de un Yo-piel colador (Anzieu). Las pulsiones de muerte se manifestarán en ataques contra la superficie de la piel, contra el Yo y contra el pensar. Todo ello lleva a diversas inversiones, como placer en dolor, adentro en afuera, psique en soma. La banda de Moebius emerge en todo su esplendor. La profundidad del daño de la epidermis, dirá Anzieu (1995) estará en correspondencia con la profundidad del Yo dañado. Daño causado en Sara, Lucía, Claudia, Elizabeth....ante el abandono del objeto de amor, lo que dispara las fantasías de destrucción o de arrancamiento de la piel común que otrora se tuvo con el primer objeto de amor y de pasión: la madre. La base narcisista que el primer cuerpo a cuerpo con la madre brinda (Alizade 1992) desaparecería y con ella se anula la función perceptiva y de barrera del dolor, y por sobre todo la del pensar, ya que pensar es aprender a resistir todo tipo de vivencias sentidas como ataques.

Al perder, estas adolescentes nos muestran a través de sus cortes, la devastación de sus continentes que da paso a vaciamientos y huecos, a “desgarros de la discontinuidad” (Anzieu, 1987) que dibujarán en su propia piel quedándoles “solamente esas marcas crueles”.

El dolor:

¿Por qué estas marcas que duelen? Desde su libro “Narcisismo de vida, narcisismo de muerte”, Green (1993) nos da una pista. El dolor proviene de un *secuestro del objeto*, nos dirá. Será “el resultado de la lucha que el objeto emprende para desasirse, mientras el yo se encarniza con él, mortificándose con su contacto, porque en fin de cuentas el yo se lastima a sí mismo: el objeto secuestrado ya no existe, es una sombra del objeto” (pp. 144). Es como un niño exasperado y abatido que se golpea contra la pared. La herida narcisista convertida (cito a Green, pp.146) “en llaga abierta, hace indispensable el secuestro del objeto...” Y esto es lo que quizás se lleve al acto. Imaginando dañar al otro, se daña al cuerpo, nuestra casa temporal –al decir de Alizade (1999), nuestro habitat, que a la vez es un extranjero en nuestra mismidad psíquica. De ahí que la investidura *negativa*, la del hueco en el psiquismo dejado por el objeto hace que lo negativo de uno sea más real que lo positivo del otro (Green, 1993).

Vemos entonces, que el cuerpo se envuelve en sufrimiento (Alizade, 1992; Anzieu, 1987), la piel cortada se metamorfosea en corteza-costra que reemplaza al dolor psíquico y a la angustia... La envoltura existe, pero interrumpida por cortes, tal como lo muestran los brazos de estas mujeres que son huellas del dolor sin placer. Anzieu, nos recuerda que “... el dolor no es lo contrario o lo inverso del placer...la satisfacción es una “experiencia”, el sufrimiento es una “prueba”....el dolor...destruye los caminos que canalizan la circulación de la excitación, corto-circuito...” (pp. 219). Esto hace desaparecer las estructuras fundantes entre el yo psíquico y el yo corporal; esto lleva a la soledad, “...el dolor no se comparte....lo ocupa todo y ya no existo como Yo: existe el dolor” –dirá Anzieu (pp.219). Una forma de anestesiar este dolor es replicarlo en el propio cuerpo que será hablado en el acto.

La mujer:

Pregunto: ¿Estaría lo propio de la mujer en los momentos fundantes del cambio de objeto de amor identificatorio (Benjamin, 1996) que no es bien o lo suficientemente bien resuelto? ¿La subjetividad femenina quedaría en algunos casos signada por lo vivido como pérdida objetal similar de pérdida de sí? ¿Cuál sería el papel del dolor físico? ¿Cuál el papel de los discursos que construyen representaciones del cuerpo sobre el ser y el tener (Foucault)?

El cuerpo de la mujer habló y habla: conversiones, anorexia, bulimia, auto mutilaciones. ¿Por qué el cuerpo deviene escenario del dolor? ¿Cómo las verdades evidencias de las que nos habló Foucault nos construyen? ¿Feminidad herida, desgarro de amor contrariado, pérdida de lo uno? Annie Anzieu (1994) considera a la feminidad como una modalidad esencial del psiquismo, “si se admite -dirá- que la anatomía es determinante del sentimiento corporal, por el

cual somos remitidos a nuestro destino sexual” (pp.24). La identidad sexual reposa en la imagen del cuerpo y en las huellas sensoriales escritas en él. Lo corpóreo del cuerpo de mujer remite a diversos agujeros que fueron envueltos por las alas de Eros. Annie Anzieu dice: “No dejar que los objetos se escapen. Obsesión. Destruirlos. Fobia. Perderlos irremediabilmente. Depresión. ¿Cómo, sin que la identidad fracase, distinguir su persona de los objetos compuestos que la determinan?” (pp.78). Me pregunto acerca de aquellos cortes: ¿emblema femenino, marcas de los recuerdos en sentimientos de los que nos habló Klein”? Sin el objeto, ¿se elimina a sí misma eliminando a su vez a la madre?

Pero tomamos también lo positivo del corte en la piel, en el sentido de una actuación de corte en lo real ante la dificultad-imposibilidad de realizarlo en lo simbólico. Las pacientes cortan, parten en la carne la dependencia con el varón-madre, en un intento fallido por lograr la individuación resultante del final del complejo de Edipo en la mujer (Alizade 1992). Para emerger del naufragio edípico como persona autónoma, feminidad y soledad han de unirse. La joven adolescente buscará el matricidio simbólico y -en su impotencia- descargará su ira contra sí misma. El corte busca entonces, un efecto de liberación del dolor causado por una dependencia mórbida con el objeto de “amor”. La soledad auto afirmativa fruto del final del complejo de Edipo es una meta a alcanzar en el análisis del corte, de sus motivaciones inconscientes y del deseo que oculta, más allá de su apariencia masoquista.

¿Qué ocurre entonces con la mujer en los momentos primarios que sabemos, se reeditan en la adolescencia? Lemoine-Luccioni (2001) nos dirá que la niña pierde a su madre una segunda vez al descubrir que ama a su padre, no se sentirá castrada sino “negada” viviendo la *angustia de la partición*. Será el signo del abandono lo que la marcará: madre, padre, parejas, hijos, reglas... (Alizade 1992; Lemoine, 2001). La mujer diría: “si me abandonas muero...me pierdo”, el hombre diría: “si me abandonas te mato”. Separación y muerte juntas delinear la “partición imaginaria” de la mujer.

Queda claro pues, que la separación no es sencilla, sobre todo para la mujer quien sabemos por enseñanzas de Chodorow (1984) y Gilligan (1994), privilegia la cercanía y la intimidad en contraposición a la autonomía y la independencia, blasones masculinos. Para la mujer dirá Lemoine, hay pérdida real vivida imaginariamente como parte de sí misma, será frustración imaginaria que despierta la pérdida primera y antigua de aquella parte de sí: la madre. Al ser dejadas nuestras adolescentes se parten la piel. Respondería ello a un proceso de simbolización propiamente femenino que seguiría la línea de la partición de la envoltura contenedora de interfaz de la piel de la mujer? ¿Sería esto lo propiamente femenino?

Nos encontramos con la envoltura faltante del cuerpo de un novio que las ha dejado desgarradas, como bien lo describe Alizade (1992). El cuerpo erógeno que se unió al dolor se divide y deja de ser objeto de la reparación, el cuerpo al ser

cortado, se pierde al sufrimiento y deja –por instantes infinitos- de sostener la vida (haciendo una lectura en negativo de lo planteado por Alizade). Alizade (1991) nos recuerda que Aulagnier (1975) “introdujo el término “odio radical” para designar un afecto violento, enraizado en los arcaísmos que se despiertan cuando se experimenta el estado de necesidad hacia el semejante” (pp.73). La confusión propia de la adolescente que vive la frustración del objeto bajo el signo imaginario-social de abandono, pérdida, partición y negación, trastoca la estructura con-fundiendo regresiva y narcisistamente sujeto y objeto: ella será el objeto de aquel odio radical. En la clínica asistimos a movimientos destructivos de odio radical y buscamos atravesarlo para explorar los aspectos latentes contenidos en el síntoma.

En lugar de emplear el odio para separarse, éste es dirigido contra el yo-cuerpo, contra el yo-piel.

Queremos señalar nuevamente la posible función desesperadamente positiva del cortarse. Nos lo enseña la viñeta de Lucía, cuando nos cuenta que el dolor físico paró al psíquico. El cuerpo –como símbolo del yo- queda separado y diferenciado, marcado. Sería entonces también, un corte simbólico peculiar por cierto, una especie no de “insight” sino de “painsight” al decir de Green. Sería el cuerpo real que se vuelve en campo de batalla de las pulsiones de vida y de muerte (Tubert, 2001). Sería un salir traumático por cierto, de lo confusional de lo Uno, un desgarramiento de la piel envoltorio inicial. Emergería vía el discurso que recrea el acto, la posibilidad de subjetivación, del cumplimiento de la tarea adolescente: identidad, no omnipotencia, mortalidad.

Quedan muchas preguntas por responder, sólo quisiera terminar con el poema de Pablo Neruda –un hombre- quien describe dramática y hermosamente estos avatares femeninos:

*No hay pura luz
ni sombra en los recuerdos:
Y todo quedó atrás, noche y aurora,...
las ciudades, los puertos del amor y el rencor...
Quien soy Aquel? Aquel que no sabía
sonreír, y de puro enlutado moría?...
De lo que fui no tengo sino estas marcas crueles,
porque aquellos dolores confirman mi existencia.*

BIBLIOGRAFÍA

- Alizade, Mariam (1992). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999). *Duelos del cuerpo*. Ponencia presentada en el I Congreso de Psicoanálisis y XI Jornadas Científicas “Los duelos y sus destinos. Depresiones hoy”. Uruguay.
- (1999). *El final del complejo de Edipo en la mujer (De la duplicación a la individuación)*. Trabajo presentado en APA.
- Anzieu, Annie (1993). *La mujer sin cualidad. Resumen psicoanalítico de la feminidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Anzieu, Didier (1987). *El Yo-Piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1995). *El pensar. Del Yo-piel al Yo-pensante*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Anzieu, D., Houzel, D. y Col. (1990). *Las envolturas psíquicas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Benjamin, Jessica (1996). *Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bolbot, Michel (2007). *L'Empathie Métaphorisante: de l'acte au sens dans les situations limites*. Conferencia en el Congreso de Centro de psicoterapia psicoanalítica de Lima.
- Chodorow, Nancy (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- Gilligan, Carol (1994). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1982).
- Green, André (2001). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*. Buenos Aires Amorrortu.
- (1993). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kristeva, Julia (1995). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra
- Lemoine-Luccioni, Eugénie (2001). *La partición de las mujeres*. Buenos Aires Amorrortu.
- Neruda, Pablo (2004). *Memorial de Isla Negra*. Argentina: Ed. Contemporánea
- Tubert, Silvia (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Editorial Síntesis.